

TESIS DOCTORAL

María Dolores Arana.
El exilio literario republicano
español de 1939 desde una
perspectiva feminista

Mar Trallero Cordero

Director:

Manuel Aznar Soler

Bellaterra, 23 de mayo de 2018

Departamento de Filología Española
Facultad de Filosofía y Letras



Universitat Autònoma de Barcelona

Arrio y su querrela (1962)

Se trata de un libro de muy difícil acceso, imposible de encontrar en España, motivo por el cual se incluyen aquí las fotografías que yo misma tomé en la Biblioteca del Ateneo Español de México, con permiso de la bibliotecaria.

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
SUBSECRETARÍA DE ASUNTOS CULTURALES

LOS CUADERNOS DE LECTURA POPULAR

La lectura establece siempre, de modo obvio, un vínculo entre el libro y el lector, pero no siempre logra establecer un vínculo permanente y vital entre la persona que lee y la lectura misma. Con esto queremos dejar dicho que la lectura no se ha convertido aún, por desgracia, en un hábito constante de gran número de personas, quienes menos que por una necesidad imperiosa, leen de un modo eventual y en función, a lo sumo, de entretener o "matar" el tiempo. A través de los "CUADERNOS DE LECTURA POPULAR" tratamos de que se acreciente el número de lectores que no se limiten a "matar el tiempo" con la lectura, sino que conviertan a ésta en una actividad importante y orientada de su espíritu, al mismo tiempo que sepan descubrir en ella el incomparable placer intelectual que encierra. No se trata, pues, de "matar" el tiempo, sino de recobrarlo. Recuperar ese tiempo precioso que una sociedad humana todavía mal organizada nos arrebató en el trabajo que no nos pertenece y en la fatiga que nos impone el empleo irracionalmente usufructado de nuestra energía. De aquí el atributo de *popular* con que hemos calificado nuestros *Cuadernos de Lectura*. No basta con que se sepa leer; es preciso un aprendizaje para que se aprenda a amar lo que se lee. Inducir al lector a que realice este aprendizaje es nuestro propósito.

CUADERNOS DE LECTURA POPULAR

José Martí
ARRIO

Y SU QUERRELLA

Por MARIA DOLORES ARANA

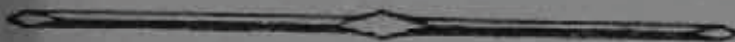


03450

COLECCIÓN "EL HOMBRE EN LA HISTORIA"

MEXICO, D. F.

MCMLXVI



1

EL SUEÑO DE ALEJANDRO
EL NEOPLATONISMO Y LA NUEVA
FILOSOFIA CRISTIANA

En el ambiente cultural de Alejandría, la capital del mundo helénico que fundara Alejandro el Grande, se habían encontrado y confrontado las Culturas de Oriente y Occidente. En esta ciudad de calles innumerables, donde el polvo, las moscas y los mendigos se arremolinan aún sobre el malva pastel de un fondo diluido en carmesí profundo, en donde el filósofo Filón —en tiempos de Jesús y Pablo— pudo llegar a demostrar a través de numerosas obras escritas en griego que la religión de

5

Israel podía entenderse en los términos de la filosofía griega, justificándola así ante el tribunal de la razón.

Hasta entonces, Oriente y Occidente habían convivido en un ambiente de soterrada hostilidad por lo que sólo muy de tarde en tarde, cambiaban conceptos y argumentos. Pero este intercambio iba a realizarse a niveles más altos y en escala mayor como consecuencia de la gran controversia entre eruditos griegos y cristianos durante el siglo III, con el *Contra Celsum* de Orígenes y la gran obra *Contra los cristianos* de Porfirio el neoplatónico. El resultado de esas disensiones determinó que resurgiera en el campo de los seguidores de Cristo una verdadera erudición cristiana, "teología" filosófica que jamás podía haberse dado antes que Clemente, el fundador de la escuela de Alejandría y Orígenes, el mejor de sus discípulos, hubieran llevado a cabo la compleja síntesis del pensamiento griego y cristiano.

Para comprender el fenómeno ha de recordarse cómo San Pablo al predicar por las calles de Atenas coincidía con el *Edipo en Colono* de Sófocles, en que el sentimiento religioso monoteísta había llegado a oídos del hombre común. Por otra parte, se tendrá cuenta que la crítica del antiguo politeísmo heleno iniciada seis siglos a. de Cristo, por Jenofontes de Colofón, no especulaba, como dice Aristóteles en su *Metafísica*, sobre un solo principio ma-

terial como Tales o Heráclito "sino que, volviendo la mirada a los cielos, declaraba haber un Dios". A partir de este momento la idea de un Dios único la encontramos en Diógenes de Apolonia, pasando a través de Platón y su escuela y de Cleontes el Estoico, a la especulación teológica en la primera época de la Roma Imperial. Nada pues tenía de extraño que de los ideales culturales griegos y de la nueva fe cristiana, surgiera un intenso deseo de penetración mutua y que, pese a sus diferencias en la forma de sentir y pensar, reconocieran que en el fondo podía llegarse a un acuerdo.

La interpretación de una religión cuyos símbolos fueron la *Encarnación* y el *Ecce Homo*, seguiría inevitablemente por los caminos de la lógica histórica, sin contar con que al producirse el contacto creador del cristianismo y las ideas constantes de la tradición helena, el pensamiento cristiano alcanzaría la seguridad de la propia universalidad. Porque la religión cristiana al afirmar ser la verdadera tuvo que medirse necesariamente con la única cultura intelectual que alcanzó la catolicidad como consecuencia de su predominio y hegemonía en el mundo mediterráneo. Y fue precisamente en Alejandría, según soñara su fundador, donde estos dos sistemas universales, el de la cultura griega y el de la Iglesia de Cristo, iban a fusionarse tomando como base la poderosa estructura de la teología alejandrina, realizándose así la fusión cultural de

Oriente y Occidente. Es en este momento cuando la fe cristiana comienza a participar en el gran proceso histórico del pensamiento helénico y a unirse al ritmo de su vida.

Pero, ¿en qué forma se iba a producir esta fusión? Para comenzar insistiremos en que los griegos, tras el período inicial del pensamiento mitológico, muestran ya creciente tendencia hacia la racionalización. Manifestación suprema de esta tendencia es su filosofía, forma característica y única del genio griego que alcanza su apogeo con las escuelas de Platón y Aristóteles. Más tarde, estoicos y epicuros la convertirán en una serie de dogmas cuyo propósito, no obstante estar basado sobre una cierta concepción del mundo y de la naturaleza, van a significar la depresión y decadencia de la filosofía como poder creador, quedando reducida a una serie de dogmas sin más propósito que el de convertirla en guía de la vida humana a través de la enseñanza filosófica, proporcionándole al mismo tiempo la seguridad interior que no tenía. Es decir, la filosofía se limita a cumplir una función meramente religiosa, tal y como se demuestra en la alabanza de Lucrecio al maestro Epicuro y a su doctrina. Porque en definitiva, tanto el epicureísmo como el estoicismo, con todo y su antagonismo en ciertos aspectos, coinciden en un rasgo común: el de satisfacer la necesidad religiosa y llenar el vacío dejado por la antigua religión mitológica. Con todo, tan

to la capacidad de investigación como la de análisis crítico son lo suficientemente poderosas para marcar la dirección del pensamiento griego en el sentido de rechazar la especulación metafísica en el aspecto de las ciencias físicas y de las matemáticas.

Tal cosa significa un gran golpe a la inteligencia de los helenos, golpe del que nunca podrán recuperarse puesto que nunca ya serán capaces de producir una filosofía al modo como se concibió en los tiempos antiguos, pues si es cierto que las escuelas tradicionales intentaron de nuevo formar un nuevo frente común para salvarse, no alcanzan esta meta por continuar subsistiendo sus esenciales diferencias. Esta es la razón por la que se prefirió el escepticismo en materia religiosa rechazando los argumentos racionales esgrimidos por la teología natural estoica y adoptando en su lugar, en lo que al culto religioso respecta, la vieja tradición romana como una parte integrante de todo el sistema político de la *res pública*.

Aun en el caso de que los filósofos griegos traspasando este límite hubieran logrado una posición metafísica más positiva, como en el caso de los platónicos o de los estoicos, no por ello hubieran abandonado la antigua religión ni la interpretación alegórica de los mitos, mostrando incluso interés por las religiones bárbaras de Oriente y por

la religión judía a pesar de su culto sin imágenes.

Este estado de cosas llega a su culminación cuando la filosofía relegada a la categoría de un conocimiento esotérico, se reduce a unos cuantos centenares de eruditos cuya función no pasa de comentar la antigua filosofía en profusas y tediosas obras que nadie leía. Como señala Cicerón, ningún filósofo griego de su tiempo era capaz de leer a Aristóteles y hasta los más celosos guardianes del clasicismo formal llegan a afirmar, en sus discursos, que es el tema religioso el único capaz de despertar la atención de los oyentes. A ello contribuyó sin duda, de manera decisiva, que la forma literaria del pensamiento griego degenerara hasta ponerse al alcance del público común y a que la forma sistemática favorita de los antiguos se sustituyera por el ensayo o la diatriba popular.

Nada tiene, pues, de sorprendente que hasta la filosofía escolástica de aquel tiempo siguiera semejante tendencia, elocuentemente reflejada en la interpretación que en la Academia platónica del siglo II, se hacía de la doctrina de Platón. Llegando a su clímax en la época de Orígenes, fundador de la escuela neoplatónica en su tiempo. Es al gran Orígenes a quien debemos la supervivencia no sólo de estas doctrinas sino de toda la cultura griega condenada a seguir el mismo camino de los viejos dioses olímpicos. Los humanistas griegos y los

filósofos de la Academia platónica dándose cuenta de la situación son los que van a aprovechar aquella tendencia religiosa todavía existente entre los griegos.

ARRIO: SU PERSONALIDAD Y DOCTRINA

Arrio había nacido entre los años 256 y 260 en la Libia Patópolis, hoy Cirenaica, y aunque las noticias sobre su persona son muy escasas no puede decirse lo mismo en lo que a su herejía se refiere.

Sabemos por Teodoreto, Lactancio, Atanasio el Magno y otros que le conocieron y trataron, que era Arrio hombre apasionado y soberbio, acusado habitualmente de doblez y simulador a más de adulator y rastroero con los poderosos, conduciéndose, por el contrario, en forma altanera e inflexible cuando trataba con sus iguales o inferiores.

En una carta que el heresiarca dirigió a Eusebio de Nicomedia, se consigna el hecho de que tuvo como maestro a Luciano de Antioquia, hombre do-

minado por tendencias racionalistas y por la lógica, según afirmación de algunos autores, y defensor de la doctrina sustentada por Pablo de Sosomota quien sostenía ser distinto al nombre de Cristo del *logos* aun reconociéndole merecer llamarse Hijo de Dios. No falta, por el contrario, los que aseguran era varón ortodoxo canonizado por la Iglesia cuya fiesta se celebra el 7 de enero y autor de un famoso diálogo, *Hermotimus* ¹ en el que satiriza con agudeza los excesos de la superstición y el fanatismo.

Arrio se decidió desde muy joven por el sacerdocio, recibiendo las órdenes de diácono de manos de Pedro, a la sazón obispo de Alejandría, el mismo que pocos años después lo arrojaría del seno de la Iglesia por haberse atrevido a censurar su rigor al perseguir a los partidarios de Melecio, obispo de Locópolis, cuando éste inició el cisma de Egipto.

De edad relativamente avanzada, Arrio fue ordenado presbítero por Aquila, patriarca por entonces de Constantinopla, que le confió la iglesia de Baulialis, desde donde por su erudición y talento logró elevarse rápidamente hasta desempeñar altas dignidades eclesiásticas. Al morir Aquila, Arrio abrió la esperanza de sucederle aunque sus aspiraciones quedaron frustradas al ser elegido el virtuoso Alejandro, el mismo que tiempo después se con-

vertiría en uno de los más encarnizados enemigos del heresiarca.

Es frecuente que los escritores ortodoxos achacuen las herejías a resentimiento personal y aunque en el caso del arrianismo existen pruebas que colocan al hereje casi a salvo de tales sospechas se ha de admitir que tal sentimiento pudo estar presente en los momentos en que Arrio acusó a su rival Alejandro de ser partidario de Sabelio, defensor de una doctrina antitrinitaria con peculiaridades bastante diferentes a la concebida por el acusador.

Alejandro para defenderse de las imputaciones que se le achacaban convocó al clero y ante cien obispos expuso su doctrina absolutamente ortodoxa por lo que la gran mayoría optó por condenar a Arrio que sostenía, en cambio, que el Verbo había sido creado. Defendieron al hereje muchos diáconos y varios obispos, entre ellos Eusebio de Nicomedia, Teognis de Nicea, Mario de Calcedonia, Segundo de Ptolomaida, Teonas de Marmárida y hasta el propio Emperador Constantino apoyó en esta ocasión la herejía por motivos políticos que le hacían ver la necesidad de poner fin al cisma surgido.

Los concilios de Bitinia y Palestina respaldaron a Arrio y condenaron a quienes en Alejandría se declararon en contra de él, dando lugar a que el heresiarca libetano volviera arrogante a esta ciudad declarando sin embozos en una carta a Eusebio de Nicomedia que rechazó la fe cristiana.

La lucha arreció cada vez con mayor violencia y tres o cuatro años después de celebrado el concilio de Alejandría en el año 324, cuando Constantino al quedar dueño absoluto del Imperio como consecuencia de haber derrotado a Licinio y temiéndole que la contienda eclesiástica pusiera en peligro la paz pública, envió a su amigo Osio, el obispo de Córdoba, al que tenía en altísima estima, con cartas para el patriarca Alejandro y para Arrio, conminándoles a llegar a una avenencia ya que en su opinión aquellas diferencias "no pasaban de vana e inútil disputa".

No lo consideró así el patriarca de Alejandría ni quiso ceder ante el heresiarca por lo que Constantino dispuesto a dar fin a la lucha convocó el primer concilio ecuménico, acontecimiento de enorme trascendencia que tuvo lugar en Nicea de Bitinia en el verano del año 325 y al que asistieron 318 obispos.

Representó al papa Silvestre en el concilio, el español Osio y acompañó al patriarca de Alejandría un joven diácono, Atanasio, fungiendo como presidentes de la reunión lo sacerdotes Víctor y Vicente.

Arrio expuso su doctrina antitrinitaria y desde los primeros momentos hubo de enfrentarse a su más terrible rival, el diácono Atanasio.

Líder de los partidarios de Arrio fue el obispo

Eusebio de Nicomedia, amigo de Constantino que desde el concilio de Alejandría se había mostrado partidario de las doctrinas arrianas, aunque no pudo impedir que fueran nuevamente condenadas. Tocóle al obispo Osio dictar en el concilio la profesión de fe, símbolo del mundo cristiano a partir de entonces y que perdura aún como expresión de fe y norma de creencia:

"Creemos en un Dios, Padre Omnipotente, hacedor de todas las cosas visibles e invisibles, y en Jesucristo, Hijo de Dios, unigénito del Padre, de su misma sustancia, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, nacido, no hecho *omousiois*, es decir, consustancial al Padre, por quien han sido hechas todas las cosas del cielo y de la tierra".

Por una minoría exigua² fue aprobado el *credo* en el concilio. Entre los disidentes estaban Arrio y Teognis de Nicea a los que Constantino condenó a la pena del destierro junto con Eusebio de Nicomedia acusado de haber dado asilo a los sectarios y posteriormente de persistir en la herejía.

Pero el partido arriano era demasiado fuerte y poderoso para quedar destruido por la sola condenación de Nicea y no trascurrió mucho tiempo sin que comenzara la lucha con mayor denuedo. Su primera tarea fue atraer al Emperador por la aparente ortodoxia de las expresiones ambiguas que le

presentaron los partidarios incondicionales de Eusebio de Nicomedia y la propia hermana del Emperador, Constanza, viuda de Licinio que simpatizaba abiertamente con los obispos arrianos. Todas estas circunstancias dieron por resultado que Arrio regresara a Constantinopla por órdenes de Constantino en el año 335. El heresiarca debía ser además rehabilitado solemnemente, dándole acceso al seno de la Iglesia con la consiguiente devolución de los honores y prebendas que después del concilio de Nicea le habían despojado.

Alejandro negóse abiertamente a acatar el mandato imperial sin hacer caso de las amenazas de acusarlo a Roma y pedir su destitución.

Todo se hallaba listo para la gran ceremonia de rehabilitación, tal y como mandara el Emperador de Roma, cuando la víspera del día señalado al ponerse el sol, sintióse Arrio atacado de un mal repentino que le produjo la muerte en medio de tremendas convulsiones que le hacían arrojar las vísceras por la boca.

Los ortodoxos quisieron explicar el suceso como un castigo de Dios, mientras que los del bando contrario, acusaron abiertamente de la muerte de Arrio a sus enemigos.

Alejandro aún en la ciudad fundada por su bisabuelo, dio gracias al Todopoderoso por la muerte del hereje, al que Epifanio comparó con Judas

pues como el apóstol traidor, "poseía todas las cualidades de un ponzoñoso reptil aunque su exterior sedujera a las gentes crédulas y sencillas".

De acuerdo con juicios más objetivos y al margen de toda pasión sectaria, se afirma que Arrio fue hombre de vastísima cultura, poderosa inteligencia y muy instruido en exégesis a más de ser profundo conocedor de las doctrinas platónicas, dialéctico sutil y poseedor de gran elocuencia. De elevada figura conquistaba tanto por la austeridad del porte como por el ascetismo que reflejaba su rostro. Solía vestir la túnica sin mangas que usaban los monjes y filósofos, poseyendo como pocos el secreto de hacerse entender y admirar por las multitudes. Parece verdad que carecía de las cualidades de un teólogo de genio pero es indudable que quien logró difundir tan extensa y rápidamente una doctrina, debía tener algunas cualidades que se empeñan en negar sus antagonistas. Se sabe además que escribió algunas obras defendiendo su doctrina, obras quemadas públicamente por decisión del concilio niceno, siendo lo único que ha llegado hasta nosotros, *Thalia* o *El Festín* composición en prosa y verso, así como varios cantos arrianos de tipo popular que influyeron en forma decisiva en la liturgia católica.

Pese a la sutilidad dialéctica que se asegura había en sus escritos parece que era frecuente en

él, al exponer su pensamiento, cierto tono evasivo y falto de profunda reflexión. Es esta probablemente la razón de más peso para quienes llaman al arrianismo la herejía del sentido común. Acorde con ello, Marcelino Menéndez y Pelayo cuya apasionada exaltación católica no merma los méritos que se le deben reconocer, dice al respecto en su *Historia de los Heterodoxos*:

"Arrio cuidó de distinguir su negación antitritinaria de las de Valentino, Manes, Hierx o Sabelio a pesar de lo cual copia más de una vez a los gnósticos y, sobre todo, a los neoplatónicos alejandrinos. La generación eterna del Verbo pareció contradictoria al mezquino sentido común de Arrio sin reparar que en la esencia divina hubo forzosamente, desde la eternidad, plenitud de ser y de existir, porque suponerla en algún momento incompleta, sería negar al ser infinito. Arrio hábil disputador, erudito teólogo, no mostraba gran fuerza de raciocinio en sus argumentos. Cuentan que preguntaba a las mujeres *¿Habeis tenido hijos antes de parir? Pues tampoco Dios*. Hiciéronle los ortodoxos el argumento antedicho y para esquivarlo negó Arrio la divinidad del Verbo a quien llamaba, sin embargo, *Hijo de Dios*. Objetáronle que el Hijo es la sustancia del Padre, y por tanto Dios, y replicó Arrio, con un distingio bastante pobre, que el Verbo era, no *omoiosios* o consustan-

cial al Padre, sino *omoiosios* o semejante. Y sin embargo, expreso estaba en las Escrituras: *Ego et Pater unum sumus*; y Arrio que lo explicaba por la semejanza, nunca pudo decir qué semejanza era ésta, ni en qué se distinguía de la completa identidad. El Verbo arriano no es Dios, pero tampoco hombre; es un ser intermediario, una especie de *Demiurgo* que Dios formó para que realizara en el mundo sus *ideus* de creación y redención".

"Encerrado el arrianismo en este círculo vicioso, tenía no obstante, condiciones para dominar multitudes, porque rebajaba el dogma al nivel de la inteligencia común; y por eso resistió terca y vigorosamente a los esfuerzos de Osio y San Atanasio, a los anatemas de Nicea y Sardis, y a los primeros edictos de Constantino. Y, para desdicha mayor, los emperadores teólogos de la decadencia se pusieron al lado de Arrio, Aecio, Acacio y Eunomio²; y de los arrianos nacieron los macedonianos, que admitían la divinidad del hijo, pero negaban la del Espíritu Santo".

ANTECEDENTES DE LA HEREJIA
LA ESCUELA DE ANTIOQUIA Y LOS
ALEJANDRINOS

En realidad, la doctrina arriana no pasa de ser un producto de la sutileza de la Escuela de Antioquía y una doctrina que supo interpretar al cristianismo en su época, cuando los emperadores romanos recién convertidos a la nueva fe y "una pléyade de obispos poco firmes en sus convicciones y con marcado espíritu servil" ¹ prometieron desarrollo rápido y violento a una doctrina de fondo racionalista que intentó menospreciar los fundamentos del dogma cristiano y que, bien presentada, disimulaba ante el pueblo la crudeza con que repudiaba el sentido tradicional, objeto, para muy pocos obispos, de arraigada convicción.

Con todo, no hay que descartar causas más complejas como la evolución de una filosofía cristiana —Galeno, médico y filósofo pagano, habla de cristianos y judíos como de auténticos filósofos— promovida por ataques teóricos contra la fe, estimulada por las persecuciones iniciadas por Decio hasta las de Diocleciano y el concepto cesáreo-papista de la nueva monarquía romana, hechos que proporcionan especial significación a la serie de controversias teológicas suscitadas entre el tiempo que transcurre desde el Credo de Nicea, en el año 325, y su confirmación, cincuenta años después en Constantinopla.

Es ya casi un lugar común afirmar que las orientaciones intelectuales de Arrio tenían su origen en Filón, Orígenes y los neoplatónicos a través, no de Pablo, sino de Luciano de Antioquía, dominado por la tendencia racionalista y la lógica aristotélica erróneamente interpretada. Esta afirmación fue evidente para sus contemporáneos como se deduce del edicto publicado por Constantino en el tiempo inmediatamente posterior al concilio niceno, en el cual se ordenaba llamar en adelante a los arrianos, *porfirianos*, nombre derivado de Porfirio, el neoplatonismo "en la fuente misma de la cultura y de platónico que adquirió sus conocimientos sobre el la educación clásicas, en Atenas, en la escuela del retórico Longino, quien de acuerdo con Plotino, no era filósofo sino el mayor filólogo de su época".

Porfirio modificó más adelante algunos de sus conceptos sobre Platón bajo la influencia de Plotino, a quien conoció en Roma, en especial su opinión sobre el problema de que si las Ideas platónicas existen fuera del *Nous* o en él. Tal aseveración es indicio de que Porfirio se había formado sus propios conceptos sobre Platón antes de recibir las enseñanzas de Longino en Atenas. Pero lo importante en este caso es que las enseñanzas del clasicista Longino, iniciadas en Homero, culminaran y se centraran en Platón lo cual suponía un nuevo tipo de erudición clásica. Al final de cuentas, Longino había combinado el estudio de Platón con la filosofía clásica de los griegos antiguos gracias a Ammonio de Sacas, iniciador de la escuela neoplatónica y cuyo discípulo, más que Longino o Plotino, fue el cristiano Orígenes. Porfirio escribió una extensa obra, *Quaestione de Homericarum* porque los discípulos de los neoplatónicos, en parte de origen oriental, necesitaban en forma apremiante estudiar a Homero a fin de comprender a Platón en su ambiente propio, tal y como sucede con los filósofos modernos. De ahí, en su última instancia, la cuestión fundamental suscitada por la herejía de Arrio era dilucidar si la sustancia del paganismo debía o no sobrevivir bajo formas cristianas.

Anteriormente nos hemos referido a que los filósofos de la Academia platónica sacaron provecho

de la tendencia religiosa que se manifestaba entre los griegos, tendencia que conducía a sus discípulos por el camino de la espiritualidad, el eslabón común que es característica de todas las religiones superiores de la Antigüedad griega tardía, siguiendo a Platón como guía en el sendero ascendente hacia el mundo del alma, el mundo inmaterial en que habían de encontrar su morada y refugio los miembros más nobles de la humanidad.¹⁰

Este estado de cosas permitió a Clemente de Alejandría, cabeza de la escuela cristiana para catequistas y a Orígenes, el mejor de sus discípulos, convertirse en los verdaderos fundadores de la filosofía cristiana. No se trataba, claro está, de un sistema filosófico completo a la manera de Aristóteles o de la filosofía estoica, ya que se limitaron a adaptar el cristianismo todos los conocimientos que los primeros pensadores paganos, llamaron teología. Pero había además algo nuevo, el hecho de utilizar por primera vez la especulación filosófica para sostener una religión positiva, y no como el resultado de una investigación humana en torno a la verdad, puesto que su punto de partida era una revelación divina contenido en las Sagradas Escrituras.

Filón, a quien hemos mencionado, intentó algo semejante con la religión judía y hasta el mismo Aristóteles afirmaba que los viejos dioses de

los mitos antiguos persistían en su teología del *Motor Inmóvil*, aclarando también que la teogonía de Hesíodo era una sofisticación en forma mística.

Siguiendo el mismo camino, el extraordinario Orígenes aplica en forma sistemática este método a las fuentes de la religión de Cristo y en idéntica forma que sus colegas paganos de las escuelas platónicas, en especial Longino y Plotino, la utilizaron para explicar a Homero según indica Porfirio en su tratado sobre las *Cuestiones Homéricas*.¹¹

Orígenes al seguir el método de los neoplatónicos estableció la distinción entre el significado literal, histórico y espiritual de los textos bíblicos, eludiendo en esta forma la objeción filosófica de burdo antropologismo en lo que atañe a la forma en que Dios es representado en el Antiguo Testamento. Su controversia con Celso¹² muestra ser ésta la crítica de más peso que los filósofos paganos hacían de la doctrina cristiana y emprendió la portentosa tarea, que duró el resto de su vida, de traducir los textos de las Sagradas Escrituras a su significado literal y espiritual, poniendo a salvo la *paideia* cristiana¹³ y el fundamento bíblico, tal y como los estoicos habían hecho con Homero, en un trabajo monumental que conocemos con el nombre de *Hexapla*.

Según cuenta Porfirio, Orígenes debía su cultura a la filosofía griega y es el filósofo sirio quien

formula la paradoja de la doble personalidad del cristiano, diciendo que se educó como un griego y llegando a ser cristiano plenamente convencido. Esta es la causa por la que Orígenes alentaba a sus discípulos en el conocimiento de las filosofías griegas y los instruía a la vez como un exégeta crítico. Es decir, les hacía emprender un largo viaje intelectual, eliminando siempre cuanto pudiera ser sofisma, y poniendo ante sus ojos, como afirma su discípulo San Gregorio el Taumaturgo, "lo que en su opinión era justo y fundado".

La escuela de Antioquía, ciudad griega donde se originó el nombre de *christianoí* y donde los judíos helenistas habían encontrado un gran campo de acción para su misión cristiana, interpretó la Biblia en forma semejante, pero más literal e históricamente que Orígenes, aunque los primeros padres de la Iglesia aceptaran siempre —así como otros filósofos cristianos— las interpretaciones de quien supo emplear por primera vez en la literatura cristiana las formas tradicionales de la erudición griega, formas como "la edición crítica, los comentarios, los escolios, los tratados científicos, los diálogos, a fin de desplegar sus enormes conocimientos y ponerlos a disposición de las generaciones futuras".¹⁰

Bajo la revolución política que empuja al cristianismo a sumergirse de lleno en la corriente de la

vida imperial, no disminuyen sino que acrecientan los problemas cristianos. Uno de ellos, y de importancia vital, fue atribuir a la personalidad y vida de Cristo el sentido adecuado. Así, por ejemplo, Eusebio de Cesárea advierte que Pablo de Samosata no hizo otra cosa que renovar una vieja herejía griega al sostener que Cristo había sido mero hombre y advierte que los antitrinitarios quisieron hacer respetables sus doctrinas enlazándolas con la antigüedad.

La sola suposición de considerar al Redentor como *mero hombre* horrorizaba a Eusebio por lo que planteó inmediatamente la pregunta: *si tal no era, ¿qué era?* La respuesta se la dio Arrio al pretender, en el concilio de Alejandría, refutar la pretensión sabeliana cuando afirmó ser el Hijo mero *poder* o *función* del Padre, sin que estableciera distinciones sustanciales entre las personas de la Trinidad puesto que no eran sino "puros y distintos modos de acción divina". Esta teoría con el nombre de *monarquismo modalista* proponía excluir la posibilidad del trideísmo, aunque permanecía expuesta a la misma objeción porque intentase comprender la naturaleza divina en términos de pura aritmética. O lo que es igual, la doctrina que propugnaba Sabelio no era más que un reflejo del antiguo problema filosófico de la *unidad en la pluralidad*.

En respuesta a Sabelio, Arrio invocó la noción

del principio último, la *mónada* que para los neoplatónicos es el principio situado "más allá del conocimiento y de la existencia". A este principio atribuía el heresiarca libetano la génesis de todas las criaturas, incluso la del *logos* caracterizada como de *otra sustancia* que la del Padre, afirmación que le llevó a expresar que "había habido un tiempo en que el *logos* no existía". Posteriormente Arrio modificó su argumento al declarar que el *logos* tenía su origen en un acto libre y voluntario por parte del Padre cuya criatura era, y no por una inherente necesidad. Como criatura citada en el tiempo, el *logos* se hallaba teóricamente sometido al cambio, así pues, su divinidad no era sustancial, sino adquirida por mérito, afirmando además, que si había alcanzado la sabiduría y el poder del Padre, era por simple "participación". En una palabra, para Arrio, el *logos* era el típico ser intermedio de la teoría neoplatónica; ni *verdadero Dios* ni *verdadero hombre*, sino un ser que a través del Espíritu engendraba un eslabón entre los dos.

Se le achaca a Arrio su incapacidad para "comprender una metáfora" y debió ser cierto aunque la acusación implica algo mucho más profundo. Supuso el heresiarca que su problema era un problema de *composición*, que partía de la necesidad de asociar dos mundos por lo que propuso realizar esta tarea al modo científico griego inventando una

conexión hipotética entre ambos en la forma de *logos*. Pero la solución que dió al problema no resultó demasiado afortunada ya que el *logos* como eslabón entre lo temporal y lo eterno implicaba considerarlo como sujeto al tiempo por lo que se le concedía una categoría independiente de Dios "segundo" o "demiurgo".

Tal razonamiento era, de hecho, negar toda finalidad a la revelación del Verbo por el Cristo histórico. Arrio mismo lo reconoció al decir: "Muchas palabras habló Dios; ¿a cual de ellas llamaremos Hijo unigénito?". Así quedó la puerta abierta, nuevamente, al politeísmo con sus miríadas de "seres intermedios", es decir, dioses, semidioses, demonios y hombres demoníacos.

Merece especial consideración la forma en que los obispos reunidos en Nicea propusieron tratar los temas suscitados por Arrio. Como ya hemos señalado, éste estimaba que su problema era un problema de *composición* y lo que se trataba de demostrar era que Dios, como ser eterno e inmutable, podía entrar en combinación con la naturaleza sin que sufrieran degradación sus esenciales atributos. Para explicarlo utilizó los procedimientos clásicos. Aristóteles enfrentándose al mismo tema, había argüido que, en tanto la naturaleza se hallaba en movimiento en cualquier lugar, Dios no se encontraba ni en el *espacio* ni en el *tiempo*, de donde

lógicamente se deducía que Dios no podía ser el creador de la naturaleza entendida como conjunto, sino del orden de esta naturaleza, por la sencilla razón de que la naturaleza *amaba* el orden y no a la inversa. Arrio, siguiendo al mismo tiempo a los neoplatónicos, había convertido su *logos* en una verdad derivada que, pese a estar sometida al tiempo, solo podía llamarse *deus in fieri*. Es decir, protegió la sustancia del Padre a expensas únicamente de la del Hijo.



4

FUNDAMENTOS DEL CONCILIO NICENO ATANASIO, EL IMPLACABLE ENEMIGO DE ARRIO

Oponiéndose a las conclusiones de Arrio, los padres de la Iglesia reafirmaron el sentido de una unión sustancial entre lo divino y lo humano en la figura "histórica" de Cristo, de acuerdo con la tradición y literatura de la Iglesia anterior al concilio de Nicea, creencia basada en las palabras de San Juan, cuando dice: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". De este texto se desprende la convicción de que el Maestro no era en forma alguna una criatura sujeta *naturalmente* al tiempo ni a la necesidad moralmente alterable, sino que era Dios en calidad de su "participación" en los atributos de la divinidad, o, Dios no "esencialmen-

te" sino "accidentalmente" y por gracia. Esta convicción formulada en términos inequívocos fue la que reforzó el anatema dirigido contra cualquiera que osara proponer opinión distinta. En ulteriores declaraciones, la doctrina nicena iba a ser refinada y fortalecida para afirmar la absoluta coexistencia o unión hipostática de las dos naturalezas, la divina y la humana, en la persona de Cristo. Con la cual se mantenía, ser el Hijo "hombre perfecto" con todos los atributos humanos salvo el pecado. Esto es, no ser solo intachable desde el punto de vista ético, sino poseedor de todas las capacidades humanas "incluso la razón y el sentimiento" según consta en varios documentos de los controversistas en esa época. Con idéntica seguridad se sostuvo que era "perfecto Dios", "unigénito del Padre", "nacido de la propia sustancia del Padre" y como tal identificable con el Verbo que fue "en el principio". Semejantes declaraciones tuvieron refuerzo en los textos evangélicos como "Yo y el Padre una cosa somos" o "El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre" queriendo con ello dar a entender que el Hijo no era un mero "compuesto" del divino *logos* sino más bien una genuina "asunción" de la carne, es decir, de la plena humanidad —razón y sentimiento— del hombre Jesús, por el *logos* "principio dirigente". Despojado de la formidable retórica del pensamiento de la época, podría decir

se que equivale a negar un hiato como el que los paganos habían supuesto entre ser y devenir o Dios y naturaleza. Por el contrario, ambos conceptos estaban en relación íntima, eficazmente demostrada, en la vida de Cristo.

Agotaron los padres de la Iglesia todos los recursos verbales para reiterar que sólo Cristo, de acuerdo con los evangelistas, era poseedor de la Verdad y sosteniendo consecuentemente que en realidad el hombre tenía acceso a la verdad eterna gracias a Cristo, acceso que implicaba la facultad de ser "deificados", levantados a la condición de "hijos de Dios". Así la revelación de Cristo que daba aceptada como revelación específica de la Divinidad.

Esta revelación, tal y como la propusieron y entendieron los ortodoxos del concilio niceno, proclama a la Divinidad presentada como Trinidad cuya primera persona el Padre —Dios Padre— el "Yo soy el que soy" del Antiguo Testamento, aparecía específicamente como sustancia o ser. Reconocer al Padre como último fundamento y origen de todo ser en el universo, implicaba negar la realidad de cualquier opuesto principio. Por otra parte, el ser atribuido al Padre distaba mucho del ser abstracto de la filosofía griega. Antes al contrario quería decir que en este ser quedaban comprendidas la suma de todas las perfecciones, in-

cluyendo aquellas reconocidas como complementarias una de otra y relacionadas en forma inherente con la sustancia. De acuerdo con tal concepto la persona segunda de la Trinidad, el Hijo o Verbo encarnado, tenía idéntica "sustancia" que el Padre. De igual manera a la tercera persona, el Espíritu Santo, le correspondía el principio de energía del movimiento al que se atribuía "revelar la sustancia del Padre que está en el Hijo", desempeñando así una función dual que era a la vez fuente de la vida y de la perfectibilidad de la criatura.

Constituída de esta suerte la Divinidad podría describirse como "trinidad una" o "unidad trina" y considerarla como tal era ver, en cierto sentido, "opuestos uno al otro" sus elementos y reconocer ser los opuestos sustanciales, o lo que es lo mismo, que poseían real existencia de "personas" y que en modo alguno admitían las distinciones lógicas de la mente humana. Pero reconocer a la Divinidad como unidad había que reconocer que tales oposiciones no eran finales, sino sencillamente las correspondientes a las necesarias relaciones de lo que era, esencialmente, en el mismo plano de la realidad.

Es necesario aclarar que todas estas aseveraciones no intentaron demostrar en términos que la ciencia clásica podía estimar como aceptables. Por el contrario, se propusieron como estrictamente ma-

teria de fe, como afirmaciones últimas y finales de la conciencia religiosa. La validez dependía de su sentido escriturario y los debates a que dieron lugar, por ejemplo, respecto a la propiedad de la palabra "consustanciabilidad" no tenían más fin que indicar la relación entre sí de las personas de la Trinidad.

La doctrina trinitaria sirvió de base a una explicación no clásica y radicalmente nueva en cuanto al contenido de la apariencia. Porque el clasicismo o, por lo menos el platonismo, proclamaba que en la naturaleza existía una equivalencia exacta entre "ser" y "conocimiento" encaminando su esfuerzo a la obtención del conocimiento "puro" como medio para aprehender la realidad "pura". Tras esta suposición acechaba la herejía arriana, pero la negó, dejando a un lado, como vana ilusión, el sueño platónico.

Figura que destaca poderosamente en los dos concilios más importantes que condenaron las doctrinas de Arrio —el de Alejandría y el de Nicea— fue Atanasio, compañero inseparable del patriarca Alejandro defensor vigoroso y elocuente de la ortodoxia y uno de los enemigos más irreconciliables de la herejía.

La contribución de Atanasio el Magno, título que mereció más tarde, al pensamiento cristiano fue mas importante, encontrando en el trinitismo

atacado por Arrio motivo suficiente para un despliegue de sutiles y apasionados argumentos en defensa de una idea que él consideraba honda y trascendental.

Si en un principio pareció asociado al pensamiento helénico, desde Tales a los naturalistas, no tardó en apartarse radicalmente de la tradición filosófica griega. Edward Gibbon, el historiador inglés, describe con todo detalle y lleno de admiración la resistencia del valiente soldado de la Iglesia difamado y perseguido muchas veces y condenado por lo menos en cinco ocasiones a la pena del destierro. Defender la ortodoxia cristiana fue el gran trabajo de su vida y cuando el espíritu de la persecución, invocado por Constantino contra los paganos, es aplicado para "curar el cisma", los condenadores de Arrio tuvieron que soportar un trato que no se podía esperar de un Emperador, que como el hijo de Santa Elena se decía cristiano. Según el valiente Atanasio " el estigma particular de la nueva herejía era la persecución".

El tenaz defensor de la libertad cristiana contra las maquinaciones de Constantino, se había interesado en la revelación de la Trinidad en su primera y segunda "personas" abandonando a los teólogos occidentales buena parte de la tarea de desarrollar la tercera *hypostasis* en la doctrina del Espíritu Santo. En tiempos de Atanasio, la principal

oposición al cristianismo niceno provenía de los seguidores de Arrio que apoyados por el prestigio y poder del Emperador, consideraban que las dificultades que la defensa del principio trinitario ofrecía eran más de carácter intelectual que moral. Pero Atanasio con su vigorosa dialéctica procuró vencer esta suerte de dificultades, adoptando un tono para todos asequible. Lo primero que hizo fue trazar la genealogía del arrianismo a partir de su origen en la ciencia clásica y tratar de comunicar sentido al principio divino como manantial del Ser o Existencia y su manifestación en el Verbo como orden del universo, es decir, Dios Padre y Dios Hijo. Dada la naturaleza del problema, hizo la descripción en términos negativos, o dicho en otras palabras, tratando de demostrar lo que no es, para revelar lo que es efectivamente.

"De las Santas Escrituras aprendemos que la palabra "Hijo" es usada en dos sentidos —figurado y literal—. . . Si ellos —los herejes— aplican ese nombre al Verbo en el primer sentido, el cual pertenece también a quienes lo ganaron por mejora en su carácter, reciben estos el poder volverse en Hijos de Dios; si quieren que así sea, resultará entonces evidente que el Verbo no difiere respecto a nosotros ni será necesario tampoco llamarle unigénito puesto que El por sus cualidades habrá obtenido el nombre de Hijo. . ."

"Si me ven en aprieto, se sonrojarán y responderán: entendemos que el Hijo sobrepasa a todas las demás criaturas y por tanto será llamado "unigénito" pues El sólo fue hecho por el solo Dios, y todas las demás cosas fueron creadas por Dios mediante el Hijo como agente o diputado suyo".

Pero ésto, argumentaba Atanasio, es una blasfemia, puesto que:

"el Verbo es Hijo en sentido literal, no por gracia o adopción. Porque naturaleza y nada de lo que a naturaleza no alcance, figura en la idea de filiación, generación o derivación; mientras que el parecido no implica identidad..."

"Crea Dios en efecto, y la palabra creación es usada con referencia a los hombres; y Dios es principio de existencia, pero también de los hombres se dice que existen, derivando su ser de Dios. ¿Debemos pues decir que Dios crea como los hombres crean, o que su existencia es pareja a la de los hombres?"

Atanasio, continuaba:

"Porque Dios crea llamando lo no existente al ser, sin requerir ninguna añadidura. Pero los hombres trabajan sobre el material preexistente, derivando su conocimiento de lo que deberán hacer de Aquel que es arquitecto de todas las cosas mediante el propio Verbo. Además, los hombres, incapaces de llamarse a sí mismos a la existencia, se

descubren confinados en el espacio y existiendo en el Verbo de Dios. Pero Dios es, por sí mismo, principio de existencia, conteniéndolo todo y para nada contenido; está en todo en virtud de su bondad y poder, pero fuera de todo por virtud del ser que le es propio. La acrecencia de los hombres, como la de los animales, acaece en el tiempo. Pero Dios, careciendo de partes, es sin división ni afecto Padre de su Hijo. Porque no hay emisión de lo que es incorporeal, ni requiere asimilación para sí, como les ocurre a los hombres. Simple naturaleza, Dios no es Padre sino de su Hijo, que por esta razón es llamado unigénito y permanece solo en el seno del Padre".

"En este sentido, también, la génesis del Hijo excede y trasciende las concepciones de los hombres. Porque así como nosotros, en el tiempo, salimos del no ser al ser, así también nos volvemos padres de hijos sucesivos, en el tiempo. Pero Dios, siendo eterno, es eterno Padre del Hijo".

Atanasio habida cuenta de la perfección e inmutabilidad de la divina naturaleza y, por contraste con las ideas antropomórficas considera pertinente hablar de la perpetua generación del Hijo:

"porque la esencia del Padre jamás fue "imperfecta" de suerte que una pertenencia suya pudiese después allegársele, ni la generación del Hijo es semejante a la de los hombres, resultando subsi-

guientemente al ser del Padre. Antes El es proge-
nie del Padre, y como unigénito del Dios eterna-
mente existente, ¡el Hijo es eternamente engendra-
do! Es peculiar de los hombres engendrar descen-
dencia en el tiempo, a causa de la imperfección de
la naturaleza, pero el engendrado por Dios es in-
dependiente del tiempo a causa de la perfección
de su naturaleza eterna”.

Lo importante para Atanasio, fue exponer la
fuente del error arriano y recomendar el recono-
cimiento del carácter espiritual de la última reali-
dad. Por ello negar que el Verbo sea consustancial
al Padre significa menguar la soberanía de Dios.

En realidad Arrio se encontraba enredado en
un panteísmo platónico y contra la doctrina heré-
tica de que “las esencias no se mezclan una con
otra” expuesta por el heresiarca, Atanasio recalca
y subraya, aún más, la doctrina trinitaria ortodoxa.
La defensa del Padre de la Iglesia, plantea, de
hecho, profundas implicaciones morales que desa-
rrollará más tarde Agustín, el obispo de Hipona
ya que lo que más importaba a Atanasio era
mostrar que los resultados de un alejamiento del
Verbo, tanto moral como intelectualmente, eran
aciagos.

Tras del congreso de Antioquía, tres años des-
pués de haber sido nombrado para suceder al pa-
triarca Alejandro, en el año 334, Atanasio fue de-

puesto por orden de Constantino y desterrado a
Tréveris, colocando para sustituirle a Melecio aquel
obispo de Locópolis que inició el cisma en Egip-
to, el cual aun cuando se condujo como católico, fue
rechazado por los ortodoxos. Atanasio había sido
durante 47 años el más entusiasta adalid contra
la herejía y si le condenaron a la pena del des-
tiempo fue por haberlo acusado sus enemigos de
sabeliano, injurias a Santa Elena madre del Empera-
dor e impurezas.

EL MUNDO BAJO EL EMPERADOR CONSTANTINO

Durante los tres primeros siglos de la era cristiana, los acontecimientos hacían presumir que la oposición entre la Iglesia y el mundo tendería a acentuarse. Es cierto que el cristianismo jamás pretendió derrocar por la fuerza el orden romano por considerarlo siempre condenado a una inexorable destrucción, la cual daría paso al establecimiento del reinado de Cristo sobre la faz de la tierra. Es esta la razón por la que la Iglesia se presentaba, cada vez en mayor medida, como el seguro refugio contra los dolores y penalidades del mundo, un mundo que se encontraba en proceso de desintegración. Por esta causa impulsó a sus fieles a resistir las persecuciones desencadenadas por algunos

emperadores romanos, ya que los tres edictos promulgados en el año 303 iban a significar el esfuerzo reformador de quienes como Diocleciano y Maximiano pretendían acabar con la nueva fe. Cuando en el 313 por el Edicto de Milán queda reconocido el cristianismo como la religión del Imperio, la quiebra de la antigua idea religioso-política se produce quedando asegurado, por el contrario, el cristianismo con todos los privilegios de *religión lícita*.

La primera medida que garantizó a los cristianos el derecho a profesar su fe, fue la restauración de la condición jurídica de quienes por motivos religiosos la habían perdido. Gracias a ello los adictos a la nueva religión podían aceptar como individuos la ley de Cristo y gozar libremente de los derechos de reunión y culto hasta entonces prescritos. Por el Edicto de Milán se fijaron también los términos en que debía llevarse a cabo la devolución de los bienes confiscados durante las dos anteriores persecuciones o en el caso de que los despojados estuvieran conformes en cederlos al estado, podían aceptar una indemnización, confiéndose además a la Iglesia el derecho a poseer bienes terrenales y a ser reconocida como una corporación.

El reconocimiento otorgado por Constantino y Licino al cristianismo significó traspasar principios de considerable alcance. Porque la libertad conce-

dida al culto cristiano se hacía extensiva a cualquier otra religión quedando proclamada la libertad de cultos lo que era tanto como renunciar a toda aspiración de gobernar la vida espiritual de los ciudadanos.

Consecuencia inmediata de este estado de cosas fue convertir la absoluta neutralidad del Estado en materia religiosa, en el principio fundamental del derecho público, lo cual hizo formalmente el emperador Teodosio en el año 378 y que después reafirmaron Juliano y Valeriano. Resultado del Edicto de Milán fue dar al traste con cualquier intento de reconstruir el orden romano bajo nociones importadas del Oriente pagano, una especie de totalitarismo que pretendió implantar Aureliano y que pagó con su vida.

Reconocer al cristianismo no implicaba ni mucho menos una vuelta al humanismo del pasado grecorromano cuando el culto de los dioses oficiales se consideraba como una función necesaria de la *polis*. Todo lo contrario, la actitud de Constantino representó una desviación de cuanto se relaciona con las pasadas experiencias y francamente orientada hacia la enseñanza de Cristo de "dar al César lo que es del César."

Estas palabras que se convirtieron en piedra angular del nuevo Estado, permitieron desarrollar los elementos de una filosofía específicamente cris-

tiana. Dicho en otros términos, surgía como una idea nueva el proyecto de una República Cristiana cuya *carta magna* sería el Edicto de Milán.

Sin embargo, tales hechos no proporcionan fundamento suficiente para pensar que Constantino, como soldado de Cristo, tuviera plena conciencia de sus decisiones. Es más, todo hace suponer cierta ambigüedad en su actitud ya que el hijo de Constancio Cloro era sobre todo, además de supersticioso, un gran estadista y guerrero, acaso el más astuto y eficaz de cuantos lucharon por convertirse en máximo jefe del Imperio Romano.

Romper con la tradición era para Constantino afirmar su esperanza de que el favor divino recibido en críticas situaciones de su vida, seguiría derramando beneficios sobre sus sucesores, asegurando por añadidura la felicidad de la república. Estas son las palabras con que termina el famoso Edicto de Milán:

"... fier ut ... divinus iuxta nos favor, quen in tantis sumus rebus experti, per omne tempus prospere successoribus nostris cum beatitudine... pública perseverer".

Tal deseo y tal esperanza mostraron la necesidad de Constantino de asirse a un nuevo principio de integración política acorde por completo con la política restauradora de otros emperadores romanos. La única novedad era hacer derivar seme-

jante principio de la nueva fe religiosa que convirtiera al Emperador, al abrazar él mismo el cristianismo, en el adalid de la libertad, protector y prosélito de la nueva Iglesia.

Al cambiar voluntariamente su título de "Emperador por derecho divino" de un dios pagano por el de representante del Dios único salía ganando ya que quedaba como ordenador de los negocios humanos con poder divino y sin ninguna de las limitaciones que habían atacado las manos de sus predecesores quedando en esta forma en las mejores condiciones de emprender, sin vacilación, una política dinástica que pudiera satisfacer su personal ambición sin defraudar a sus soldados que querían a los hijos de Constantino como príncipes, apropiándose, además, de los regios ritos que bajo el Sacro Colegio suplantarían las formas de la libertad republicana.

Nuevamente, como en los tiempos de César Augusto, el mundo parecía estremecerse. Y si al hijo de Santa Elena, le faltó un Virgilio que entonara sus alabanzas y pregonara sus virtudes, tuvo el consuelo de contar siquiera con un Eusebio de Cesárea que en su calidad de testigo y por vivir "en estrecha plática con el emperador" sabía no poco del íntimo funcionamiento de su política, encargándose de ensalzar asimismo a quien levantando el *Labarum* se proclama soldado de Cristo.

Constantino mostró invariablemente un comportamiento estudiadamente refrenado. Una prueba la tenemos en su conducta durante la controversia arriana, muy especialmente, en el concilio niceo aunque más tarde ganado por los arrianos — Eusebio de Cesárea y su propia hermana, la viuda de Licino—apoyara abiertamente a los partidarios de Arrio. Y así vemos que sólo diez años después de Nicea, el Emperador atento a buscar remedio a las complicaciones que le acarreó la fórmula del concilio y tratando de neutralizarla en favor de los condenados, envió al destierro a Atanasio, pidiendo formalmente la readmisión de los herejes en el seno de la Iglesia. Indicó sus preferencias personales en materia religiosa, al aceptar el bautismo de manos del obispo arriano Eusebio de Nicomedia, muriendo en olor de santidad arriana y dejando a sus hijos por herencia buenos quebraderos de cabeza. Su ambigüedad, durante el curso de su mandato, quedó ampliamente demostrada al aplazar hasta la penúltima hora de su vida, la ceremonia del bautismo. Murió como neófito, envuelto en la immaculada túnica de la inocencia, recibiendo las aguas bautismales de manos de un obispo arriano y probablemente convencido de que los inmensos servicios prestados al Dios único le aseguraban un lugar privilegiado a la diestra del Padre Eterno.

La única y auténtica preocupación de Constantino fue mantener la unidad espiritual de su imperio,

el imperio que en su sueño imaginaba mayor y mejor que el de Augusto. Por eso nada tiene de extraño que todo lo sacrificase a esa imprescindible unidad que justifica y explica una actitud poco firme en materia religiosa.

Aceptada la fórmula nicena, vino en pos de ella una suerte de pronunciamiento que determinó que los disidentes fueran denunciados como hombres pérfidos e impíos, enemigos de la verdad y dignos de ser aniquilados, condenándose al fuego todos los libros de Arrio y sus secuaces "no sólo para que su perversa hazaña fuera enteramente destruída, sino para evitar que pasara memoria de ella a la posteridad" y tal fue la severidad mostrada por Constantino que ordenó que a cualquiera que se le encontrara en posesión de una obra del heresiarca libetano y se negase a destruirla, podía ser condenado a la pena capital. Esta conducta ofrecía enorme contraste con la que siguió tras el concilio de Antioquía, porque con demasiada frecuencia la religión fue para el Emperador una religión personal y medio para realizar su ambición de arrogarse las funciones de *Pontífice Máximo*.

PROPAGACION Y FIN DEL ARRIANISMO

Como se ha dicho, el arrianismo poseía condiciones para atraer a las masas al rebajar el dogma al nivel de la inteligencia común cosa que le permitió resistir a las imputaciones de sus contrarios, a los anatemas de los concilios que lo condenaron y a los edictos que en perjuicio suyo dictó Constantino durante los primeros tiempos. Cabe señalar, por otra parte, en lo que a propagación de la doctrina arriana respecta, que bajo el término general de arrianismo fueron incluidas gran número de herejías antitrinitarias, algunas más racionalistas, incluso, que las del propio Arrio. Tales la de los aecianos y eunomianos, la de los euxodianos o la de los seguidores de Eutiquio que preconizaron ignorar el Hijo la hora del juicio final. Pueden añ-

dirse, además, la de los secuaces de Teoctisto de Pastroópolis que sostenían poder llamar Padre a Dios antes de subsistir el Hijo, o la de los doro-teístas, mesalinianos, audinianos, apostólicos y eustacionistas. Es decir, que todas estas doctrinas anti-trinitarias que se llamaron arrianas contribuyeron a aumentar, lógicamente, la importancia numérica de los seguidores de Arrio.

Ni el triunfo obtenido por los arrianos tras el concilio de Antioquía ni la ayuda y protección de Constantino, una vez ganado a la herejía, fueron suficientes para que ésta mantuviera su supremacía en el tambaleante Imperio de Roma, puesto que el edicto de Teodosio en el año 379 decretó, definitivamente, la extinción de todas las herejías "verdadas por la ley divina e imperial" quedando triunfantes los católicos.

Teodosio en su empeño por establecer una coincidencia permanente entre catolicismo y ciudadanía para salvar de esta manera al imperio, se vio precisado a aniquilar a los heterodoxos con el fin de que "el nombre del único y supremo Dios fuera dondequiera celebrado". Consecuencia de este paso fue el edicto que ordenaba la entrega inmediata de todos los edificios eclesiásticos a los obispos católicos y dictando una serie de medidas complementarias que establecían la total incapacidad, como ciudadanos, a todos los que mostraran sim-

patía por las doctrinas heréticas, incapacidad que podía variar según el grado del *delito* medido por su mayor o menor desviación en cuanto a la norma aprobada por el concilio de Nicea.

Firmemente convencido de que el Estado solo tendría salvación y podría sobrevivir aliándolo con el cristianismo trinitario, Teodosio intentó, una vez más, un mundo nuevo sin sacrificar ninguno de los elementos esenciales del antiguo, lo cual equivalía a revivir una política, que en el fondo, no difería gran cosa de las de Augusto o Antonino. Pero el propósito de Teodosio no logró éxito quedando, finalmente, el imperio deshecho para dar paso a los estados nacionales de Europa.

La revolución teodosiana, de hecho, no hizo más que transformar el choque de la civilización antigua con los bárbaros, en un conflicto de religiones que sirvió de base para un entendimiento con los enemigos del imperio, aquellos que serían sus herederos. Así, pues, Teodosio significa en la historia¹² el fin del genio de Roma.

Sin embargo, el conflicto catolicismo *versus* cristianismo no terminó. Iba a continuar aún por largos años entre los bárbaros porque la penetración arriana fue enormemente importante a causa de que quienes fueron a catequizarlos por mandato de los últimos emperadores romanos, eran secuaces de Arrio tal como el obispo Ulfilas que tra-

dujo la Biblia a la lengua de los godos. Las prédicas del arriano determinaron que éstos, sin saberlo, se convirtieran en herejes según dice el ortodoxo Salviano de Marsella que pone en duda si "los inocentes bárbaros" serían castigados por su herejía el día del juicio final.

Efectivamente, Isidoro de Sevilla cuenta cómo muchos de los caudillos bárbaros más famosos, habían abrazado el arrianismo, doctrina que exacerbó su natural ferocidad contra los católicos de España, de la Galia, de Italia y hasta de Africa. El vándalo Giserico suscitó una violenta persecución contra los católicos que se negaban a ser rebautizados conforme al rito arriano. El rey Humerico, vándalo, igualmente, desterró en el año 484 a todos los obispos católicos, así como Maracino que firma "como desterrado de la fe católica" ¹³ en las actas del segundo concilio Toledano.

Ajax de Galata convirtió a los suevos al arrianismo, permaneciendo fieles a esta doctrina durante noventa y seis años. Otro tanto puede decirse de los visigodos que seguían profesando el arrianismo enseñado por Ulfilas, aunque, menos bárbaros que las demás tribus nórdicas, no trataron de imponer su dogma a los vencidos entretenidos como estaban en sus conquistas y alianzas.

De esta suerte, mientras en el Sur de España y en Africa la sangre se derramaba a torrentes y los obispos católicos se mantenían "firmes en los

mayores trabajos a la guarda y defensa de su grey, abandonando tan solo sus iglesias cuando los fieles habían desaparecido, unos alejándose de la patria, otros muertos en la persecución, quienes consumidos en los sitios de las ciudades, prisioneros o cautivos" ¹⁴, en la Galia Narbonense y en Cataluña los católicos disfrutaron de relativa libertad bajo los reinados de Ataúlfo, Sigerico, Valia, Teodoro, Turismundo o Teodorico que trabajaron sin descanso para construir un nuevo imperio a imitación del vencido, cosa que logró Furico y posteriormente Eurico, el primero de los legisladores visigodos, que sólo se acordó de los subyugados en Aquitania para perseguir, encarcelar o desterrar a multitud de sacerdotes y clérigos católicos.

Más moderado se mostró su sucesor, el rey Alarico quien por culpa de otro caudillo bárbaro, Clodoveo rey de los francos, convertido hacia poco al cristianismo, desterró a varios obispos sospechosos de estar en inteligencia con Clodoveo que con pretexto de la religión intentó despojarlo de las Galias. Clodoveo juró entonces arrojar a los herejes de Aquitania y declaró la guerra a Alarico, pese a los esfuerzos conciliatorios de Teodorico rey de Italia, que fue vencido y muerto por los francos cerca de Poitiers.

Las luchas entre herejes y ortodoxos amainaron tras el corto reinado de Gesalaico y de la breve regencia de Teodorico, pero se recrudecieron nueva-

mente con Amalarico porque su esposa Clotilde, hija de Clovodeo, era católica y el rey se obstinó en contrariarla prohibiendo el culto y hasta maltratándola de palabra y obra. Dice la tradición francesa que la reina ofendida envió a sus hermanos Childeberto, Clotario, Clodomiro y Thierry, un lienzo lleno de sangre para dar fe de las heridas y afrentas que de su esposo había recibido. Childeberto rey de París y Clotario de Soissons, declararon la guerra a Amalarico para vengar a su hermana, guerra en la que pereció éste.

Hasta el año 570 en el que Leovigildo comenzó a reinar, no hubo entre los godos más conatos de persecución religiosa, pero éste rey que ambicionaba la unidad territorial tras de conquistar el reino suevo y someter a los vascones, tropezó con enormes dificultades para realizar su propósito, entre ellas la más invencible, la diversidad de religiones. Este estado de cosas se complicó cuando su hijo primogénito Hermenegildo, que debía heredar el trono, casó con Ingunda, princesa católica la cual soportó un calvario semejante al de la hija de Clodoveo y no por parte de su marido sino de su madrastra Gosuinda, arriana fanática que intentó por todos los medios posibles, aunque sin resultado, rebautizar a su nuera. La porfía de Gosuinda fue causa de que Hermenegildo se hiciera católico determinando su conversión no pocas dificultades a su

padre quien por haberse alzado el hijo en armas contra él, viose obligado a decapitarlo.

Desde los primeros días, Racadero, hijo y sucesor de Leovigildo, dejó adivinar su inclinación al catolicismo para terminar, influido por San Leandró, abjurando solemnemente de la herejía arriana, imitando su actitud toda la corte y casi la totalidad de los obispos arrianos. Como consecuencia de la conversión del monarca visigodo, tuvo lugar en Toledo una quemazón pública de todos los libros sospechosos de estar influidos por la doctrina de Arrio.

Se sabe que posteriormente, durante el reinado del propio Racadero hubo tentativas para establecer de nuevo el arrianismo como religión oficial, especialmente durante el mandato de su hijo Liuva sin lograr que los reyes visigodos dejaran el catolicismo hasta el año 610 en que ocupó el trono Gundemaro con el que puede darse por terminado el conflicto religioso entre los seguidores de Arrio y los fieles que se ajustaban al Credo de Nicea.



NOTAS

- 1 W. Jaeger.
- 2 de acuerdo con Cochrane, aunque Menéndez Pelayo afirma que excepto 6 obispos todos confesaron el Credo de Nicea.
- 3 Obispo arriano contra quien Gregorio de Nisa escribió su tratado *Contra Eunomium* criticándole su formalismo lógico aristotélico, acusándolo de artificioso.
- 4 Cochrane.
- 5 W. Jaeger.
- 6 W. Jaeger.
- 7 *Quaestiones Homericae*, considerado por algunos autores como fruto de sus estudios con Longinos.
- 8 Aulio Cornelio Celso escritor pagano del siglo I.
- 9 W. Jaeger.
- 10 W. Jaeger.
- 11 Cochrane.
- 12 Cochrane.
- 13 Edward Gibbon.
- 14 San Agustín.
- 15 De acuerdo con Menéndez Pelayo, Childeberto y su hermana volvieron a París con rico botín constituido en gran parte por la plata que saquearon en las iglesias.

BIBIOGRAFIA

- Cristianismo y Cultura clásica.* CHARLES NORRIS COCHRANE (Fondo de Cultura Económica. México, 1949)
- Cristianismo primitivo y paideia griega.* W. JAEGER (Breviarios. Fondo de Cultura Económica. México, 1965)
- La Paideia Griega.* W. JAEGER (Fondo de Cultura Económica. México, 1962)
- Historia de los Heterodoxos.* Menéndez y Pelayo (EMECE Editores, S. A. Buenos Aires, 1945)
- Alexandre le Grand.* Paul CLOCHE (Presses Universitaires de France. París, 1963)

I N D I C E

1. *El sueño de Alejandro. El neoplatonismo y la nueva filosofía cristiana.* 5
 2. *Arrio: su personalidad y doctrina.* 13
 3. *Antecedentes de la herejía. La escuela de Antioquía y los alejandrinos.* 23
 4. *Fundamentos del Concilio Niceno. Atanasio, implacable enemigo de Arrio.* 33
 5. *El mundo bajo el Emperador Constantino.* 45
 6. *Propagación y fin del arrianismo.* 53
- Notas. 61
- Bibliografía. 62